

De ayer y de siempre

CHOLITO y los dioses de Chavín

ÓSCAR COLCHADO LUCIO



Cuenta cosas
ALFAGUARA

Grupo Santillana

Óscar Colchado Lucio

CHOLITO y los dioses de Chavín



Ilustraciones
María Isabel Ramos





CHOLITO Y LOS DIOS DE CHAVÍN

© 2007, Óscar Colchado Lucio

© De esta edición:

2007, **Santillana S.A.**

Av. Primavera 2160, Lima 33 - Perú

Una editorial del Grupo **Santillana**, que edita en:

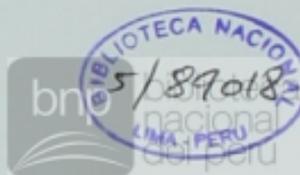
- España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia • Costa Rica
- Chile • Ecuador • El Salvador • EE. UU. • Guatemala • Honduras
- México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal • Puerto Rico
- República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Edición: Ana Loli

Ilustraciones: María Isabel Ramos

Diagramación: Patricia Soria

Retoque digital: Julio Gállegos



ISBN: 978-9972-232-68-8

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-05985

Registro de Proyecto Editorial N° 31501400700080

Primera edición: julio 2007

Tiraje: 2 000 ejemplares

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

CHOLITO y los dioses de Chavín



El dios Rayo

Jamás pensé lo que me ocurriría esa mañana en que, lleno de ánimo, me dirigía al cerro de Llamacunca —un lugar cercano a mi pueblo— a pastorear mis borreguitas.

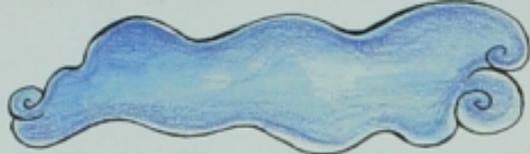
Pensando pasar por allí todo el día, me fui llevando mi fiambre.

Más tarde, mientras mis animales pastaban tranquilos, desparramados por la ladera, yo, para no aburrirme, me dirigí a la loma del frente, donde había ruinas de *gentiles*, con intenciones de ponerme a rebuscar por si encontrara algo que valiera la pena.

Al poco rato, tenía en mi poder pedacitos de cerámica, retazos de tejidos, caracoles y hasta un idolillo de hueso, que me dejaron pensando de cómo nomás habría sido la vida de nuestros antiguos padres. Qué sufrimientos, qué padeceres y qué alegrías también habrían vivido.

Mi mente se hallaba en esas reflexiones, cuando de pronto vi





que, en medio del cielo claro, una nube resplandeciente avanzaba tronando en dirección a donde yo estaba.

Como me llamó la atención, miré con más detenimiento.

La nube un poco que bajó y se detuvo casi a la altura de mi cabeza. Entonces oí una voz que retumbaba dentro de ella:

—¡Yo soy Catequil, hijo, el dios Rayo de tus antepasados, adorado también por los incas! Ahora que estás sobre los restos de uno de los muchos templos que hubo en mi nombre, querrás saber sin duda cómo fue el principio de los tiempos, ¿verdad? ¿No te gustaría hacer un viaje al pasado donde tú mismo estés presente en todos esos acontecimientos?

Sin saber qué responder, asustado, eché a correr ladera abajo. En eso, por volver a mirar la nube, tropecé y, al caer, sentí aterrado como que una gran oscuridad me devoraba.

Cuando después de no sé qué tiempo mis ojos se abrieron, alumbraba en el cielo algo así como una luna pálida, con poquita luz. Al lado se elevaba una inmensa montaña tenebrosa que parecía tocar el cielo. Humo, había humo por todas partes. El silencio era absoluto y de quietud total.

Me sentí desolado y quise llorar, llamar a mi mamá, a los hombres de mi pueblo; mas tomando valor, me hice el valiente y me levanté decidido a explorar el lugar donde me hallaba.

Entonces comprobé alarmado que ese lugar estaba rodeado de lomas peladas, sin vegetación, de feas encañadas, cuchillas y grietas por todas partes, de las que me cuidaba para no dar un paso en falso y caer. Después de estar mirando un buen rato sin saber por dónde nomás enrumbar, sentí como que la naturaleza empezara a animarse, como si la tierra vibrara y hasta sopló un poco de viento. Fue allí que descubrí, alzándose entre el humo que salía desde la profundidad de esas grietas, unas enormes, gigantes-culebras que, una vez en la superficie, se desplazaban erguidas, medio atontadas, por un lado y otro. Y después de caminar cierto trecho, increíblemente, iban transformándose en tamañazos seres humanos.

Uno de esos gigantes pasó sin verme, menos mal, cerca de donde yo me hallaba escondido, temblando de miedo. Iba desnudo completamente. Era algo colmilludo, con sus dientes apuntando un poco para arriba, como de puma. «Esos son los *huaris*, hijo, los primeros hombres sobre la Tierra. No tengas temor —resonó la voz de Catequil en mis oídos como viniendo de muy lejos—. Ellos poblarán, como ya los verás, los valles de Chavín de Huántar, de Conchucos y del resto del mundo».



Kakaramaq roba el fuego divino

Pasé mucho tiempo escondido de los gigantes en medio de esa ligera oscuridad. La pálida luna que alumbraba permanecía inmóvil, sin alterarse para nada. «Acá el tiempo no cambiará, seguro», pensaba yo. «Siempre será lo mismo al no sucederse los días y las noches. Aunque también podía ser, claro, que un tiempo largo alumbrara sólo esa luna y después lo reemplazara por otro tiempo igual un sol con harta luz, así como ocurre dizque pues en otras partes del mundo», pensaba yo, acordándome de las enseñanzas que en la escuela nos hacía mi maestra, la profesora Amelia, hablándonos del Polo Norte y el Polo Sur. ¿Cómo decía, pues? ¡Ah!, «allí hay oscuridad seis meses y luz del sol otros seis meses». Metido en una cuevita que escogí para refugio, no dejaba de pensar: «A lo mejor ahora estoy, pues, en uno de esos lugares de los que hablaba la señorita Amelia y que por este tiempo le tocará estar de noche...». Pero no, por lo que dijo el dios Catequil, que los huaris, o sea esos gigantes, iban a poblar Chavín de Huántar y Conchucos y yo los iba a ver, significaba que no

estaba muy lejos de mi pueblo. *Rayán* se llama. Acordándome de él, tuve pena de mi mamita, de mis hermanitos y de mi querido venadito, Lucero. «¡Ay, taitito!, qué, pues, ¿ya no los veré?», me lamentaba. Y vino también a mi mente, alegrando mi corazón, el recuerdo de Floria, esa pasñacha traviesa, reilona, que compartía mis juegos en el cerro mientras pastoreábamos nuestros ganaditos. Ahora la pobre me estaría extrañando, quién sabe. Si iba a Llamacunca y veía sólo a mis animalitos desparramados de su cuenta, me echaría de menos seguro. Ojalá que piense que por ahí nomás estoy y no me esté buscando.





bnp biblioteca
nacional
del peru

Cuando en esos pensamientos me hallaba, fue que se produjo un resplandor como de relámpago y luego, ¡achic!, relumbró el mundo. ¡Caracho!, ¿cómo había sido eso? Nos hallábamos en pleno día, con buen sol, como cuando era verano en mi tierra. Alegre, salí de mi refugio a mirar a mi gusto el lugar. Más allá del sitio de las grietas, no era tan feo como lo había visto en la oscuridad. Había verdor y bajaba un riacho discurriendo entre las rocas. Corrí a tomar agua y a darme un baño. Pero me paré en seco cuando descubrí que, a la vueltita de una loma, algunos de esos gigantes colmilludos que vi salir de las grietas, hablaban haciendo bulla, alegres, contentos.

—¡Ha sido Kakaramaq! —decían—. ¡Ha sido Kakaramaq! A él le debemos esta gracia.

¿Kakaramaq?, dije entre mí. ¿quién será ese tal Kakaramaq? Esos gigantes hablan como si a él se debiera la luz que hoy nos alumbra. Debe ser permisión de taita Huiracocha porque sólo él, como dios creador, es capaz de todo.

Eso pensaba cuando ahí nomás retumbó a mis espaldas una voz que me asustó feamente:

—Hola, amiguito, soy Kakaramaq, ¿qué haces aquí?

Al volverme, me hubiera desmayado de susto quizá si no hubiera sido porque sus palabras, a pesar de sonar fuertes, tenían un tono dulce, y sus gestos eran amigables. Se trataba de un tamañazo hombre, un gigante como los anteriores: musculoso, de piel trigueña, cabello largo, sólo que este no era colmilludo.

Y se cubría el cuerpo con un taparrabo y adornos que llevaba en la cabeza, en los brazos y en las piernas.

—Fue taita Catequil quien me trajo aquí —le dije—. Uno que fue dios en tiempo de los incas y aun antes creo.

—¿Incas? —arrugó su frente—. Nunca oí hablar de ellos.

Entonces caí en la cuenta que de veras este hombre sería mucho más antiguo.

—¿Y de dónde sacaste eso que llevas puesto? —me dijo señalando mi ponchito y mi sombrero, también mis *llanques*. Pero no pude responderle.

—Eres extraño —comentó—, y se te ve un poco asustado. Pero no te preocupes. Nada te va a pasar estando conmigo. Seremos amigos. ¿Te parece?

Y yo asentí agradecido.

—¿Y a ti por qué te veneran los gigantes, taita? —le pregunté después cuando empezamos a caminar.

—Robé la luz y el fuego de los dioses del *hanaq pacha* para dar a los hombres la iluminación que ves ahora. Y eso jamás me lo va a perdonar Huiracocha, el creador del mundo y padre de todos los dioses, quien debe estar buscándome para castigarme.

Huiracocha, pensé, él siempre baja a la Tierra disfrazado de mendigo. Una vez me lo había encontrado en el camino. Me acuerdo que le regalé canchita, «pobre viejito» diciendo entre mí, y él me recibió agradecido, dándome su bendición. Sólo después

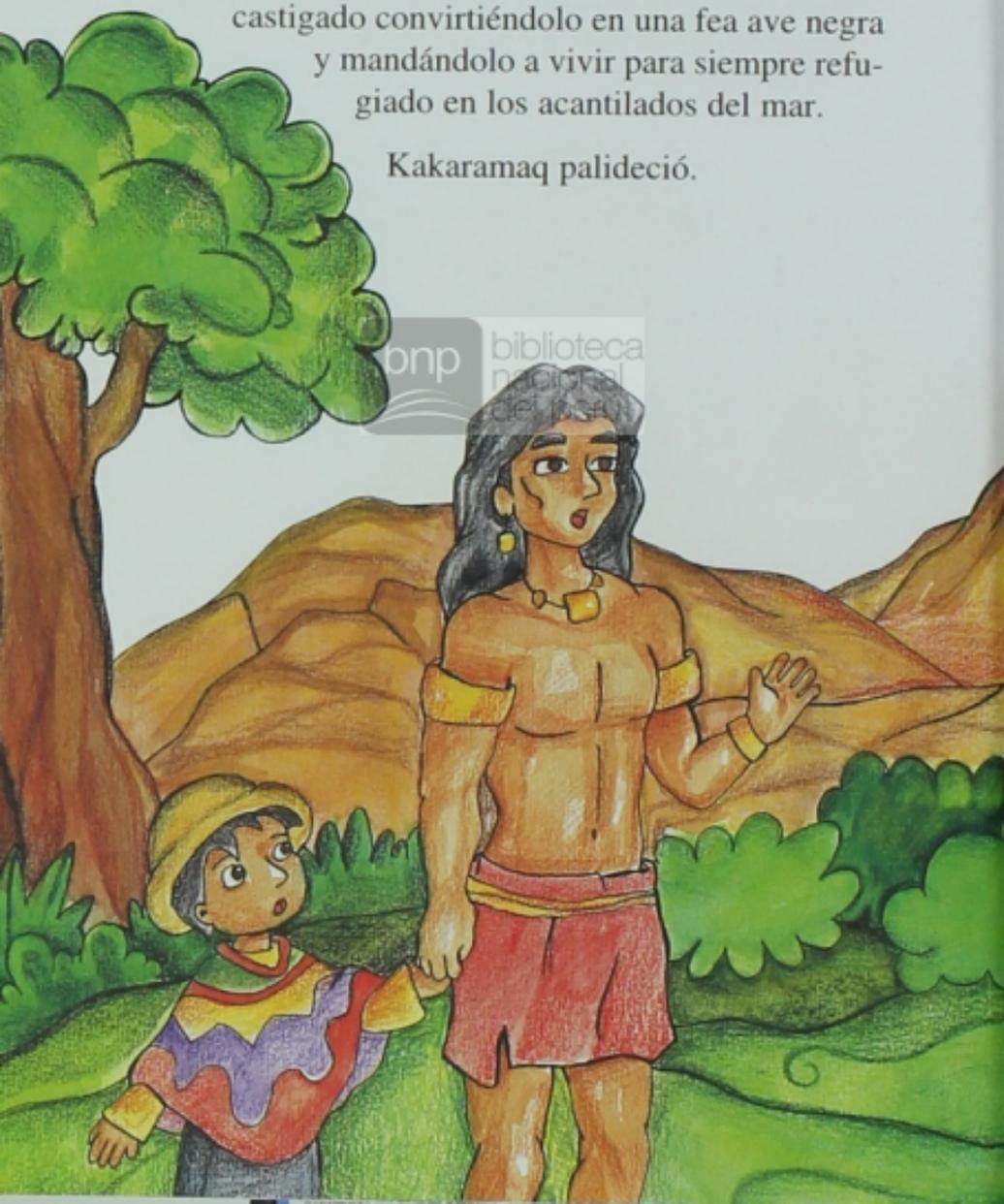
supe que se trataba de él y también que andaba por las cordilleras, castigando a los pueblos pecadores. Los hacía desaparecer en un ratito. Sea con fuertes mangadas, produciendo desborde de lagunas o haciendo que se desprendieran los picos de los nevados, si es que no los castigaba con sequías u otros males. Como bueno era bueno el taita. Pero cuando le daba cólera, sus castigos eran terribles. Pobre Kakaramaq, su desobediencia lo tenía preocupado.



En esos momentos, agitados llegaron varios hombres junto a nosotros.

—Kakaramaq —le dijeron—. Huiracocha está muy enojado. Al no encontrarte, ha desfogado su cólera castigando a Guácharo, tu hijo, acusándolo de haber cometido grave falta al intentar abrir el vientre de su madre para ver por dónde vino al mundo. Lo ha castigado convirtiéndolo en una fea ave negra y mandándolo a vivir para siempre refugiado en los acantilados del mar.

Kakaramaq palideció.



—Y Huaylash... mi esposa... —balbuceó—, ¿está bien?

—Sí, sólo apenada por la suerte de Guácharo y muy preocupada por ti.

—Acompáñame, Cholito —me dijo—. Quiero ver a mi hijo.

—¿Y este niño quién es? —le preguntaron por mí aquellos hombres.

—Un amiguito —les respondió—. Trátenlo bien.

Y sin darles más explicaciones, me llevó de la mano como si fuera su guagua.



Guácharo

Volando sobre Mallku, un gigantesco cóndor, Kakaramaq me llevó con él hasta los acantilados del mar. Nubes de gaviotas volaban allá lejos, sobre las islas.

—¡Guácharo! ¡Guácharo! —llamaba Kakaramaq a su hijo, mirando entre el roquerío que era golpeado por la fuerza de las olas. Pero su hijo no aparecía por ningún lado.

—¡Guácharo! ¡Guácharo!



En eso oímos una voz débil que se alzaba entre el rugido del mar. Inmediatamente, Kakaramaq le ordenó bajar al cóndor.

—¡Papáaaa! ¡Aquí estoy! —oímos ya más cerca que gritaba.

Apenas se posó Mallku, bajamos de un salto y corrimos hacia el acantilado.

—¡Guácharo!

—¿Papá?

Bajamos descolgándonos por la peña hacia el roquerío donde escuchamos la voz.

Entonces, lo que vimos fue un ave negra muy fea, como un cuervo, que nos hablaba desde bien adentro de una cueva a donde entraban ruidosamente las aguas del mar.

—De aquí no puedo salir más que de noche, papá —dijo—. Me hace daño el sol. En este lugar tengo que cumplir mi castigo.

—Disculpa, hijo, que tengas que padecer por mi culpa —dijo Kakaramaq, pesaroso.

—No fue por tu culpa, papá —respondió Guácharo—. Huiracocha me castigó porque me porté mal con mi madre.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le hiciste?



Guácharo, avergonzado, agachó la cabeza.

—No me lo digas —le gritó Kakaramaq alzando su voz sobre las olas—. Ya estoy enterado de eso. Pero más creo —suspiró— que al no encontrarme, se pagó contigo —se quedó callado unos instantes, luego añadió—: Me entregaré ahora mismo y le pediré que no tome más represalias en contra de mi familia. Sufiré el castigo.

—¡No te entregues, papá! —clamó Guácharo—. Tu castigo durará una eternidad.

—No importa, hijo. Soy consciente de que no podré seguir huyendo por mucho tiempo. No hay lugar en el mundo donde él no pueda encontrarme.

Así diciendo se despidió de su hijo haciéndole adiós con la mano desde afuerita de la cueva.

—¿De veras te entregarás, amigo? —le dije cuando nos dirigíamos hacia Mallku, que más allacito nos esperaba.

—Sí —me dijo con aire resuelto—. No queda otra salida, Cholito.

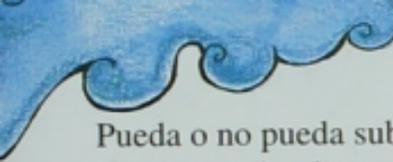
Y montados sobre el gran cóndor, nos dirigimos hacia donde decía tener su reino. Iba a despedirse de su esposa.



A devorarle las entrañas

Tal como lo esperaba, Huiracocha lo castigó dejándolo encadenado a un risco costeño, cerca de un lugar llamado *Nepeña*, hasta donde bajaba diariamente un fiero cóndor para torturarlo.





Pueda o no pueda subía yo por un médano llevándole agua a mi pobre amigo que estaría muriéndose de sed seguro con ese fuerte calor que hacía. De paso vería también si había algo más en qué socorrerlo.

Cuando ya me estaba aproximando, oí su voz que desde lo alto me gritaba:

—¡Huye, Cholito! ¡Te devorará a ti también!

Asustado, corrí de bajada, atollándome en ese arenal, después que vi al enorme animal que, medio tapándolo al sol, asentaba en esa colina donde se hallaba ese poderoso hombre con trazas de dios que era Kakaramaq, y quien estaría sintiendo ahora en su cuerpo los terribles picotazos de esa ave siniestra; pues se oyeron sus gritos de dolor que hicieron escarapelar mi cuerpo.

Kakaramaq tenía un hermano llamado Huántar quien era jefe de los runaruncus u hombres gigantes que, establecidos en Chavín, habían levantado un palacio rodeado de jardines y toda clase de árboles frutales que con el tiempo se llamaría *Castillo de Chavín*.

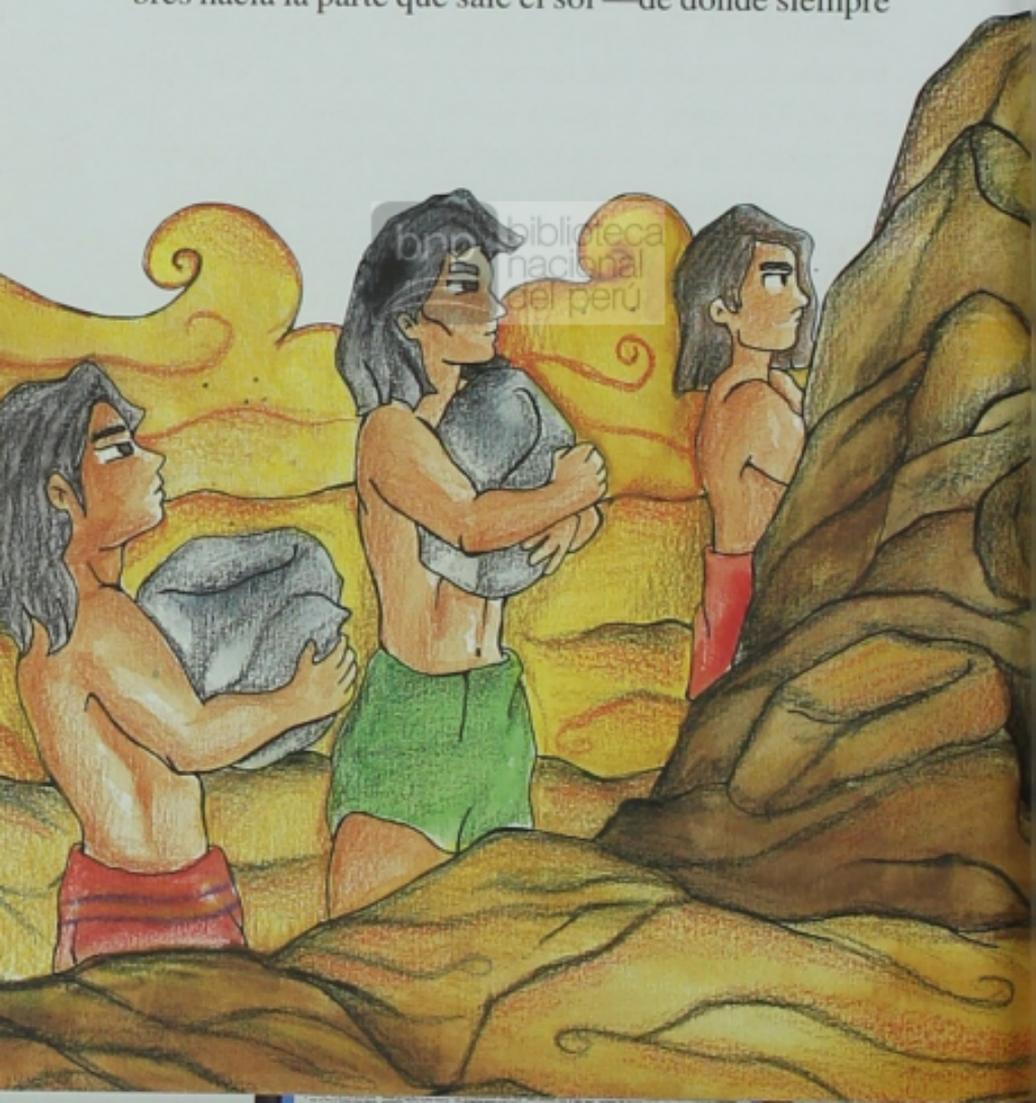
Avisado por unos hombres sobre la desgracia de su hermano, Huántar se encaminó a Nepeña dispuesto a liberarlo.

Ni bien llegó a la lomada donde aquel se hallaba, hizo vanos intentos de romper esas cadenas surgidas por la permisión de Huiracocha. En eso, alertado por Kakaramaq, pudo ver a tiempo que el cóndor castigador bajaba a velocidad a acometerlo. Sin poder buscar ya refugio, apoyó firmemente su lanza en

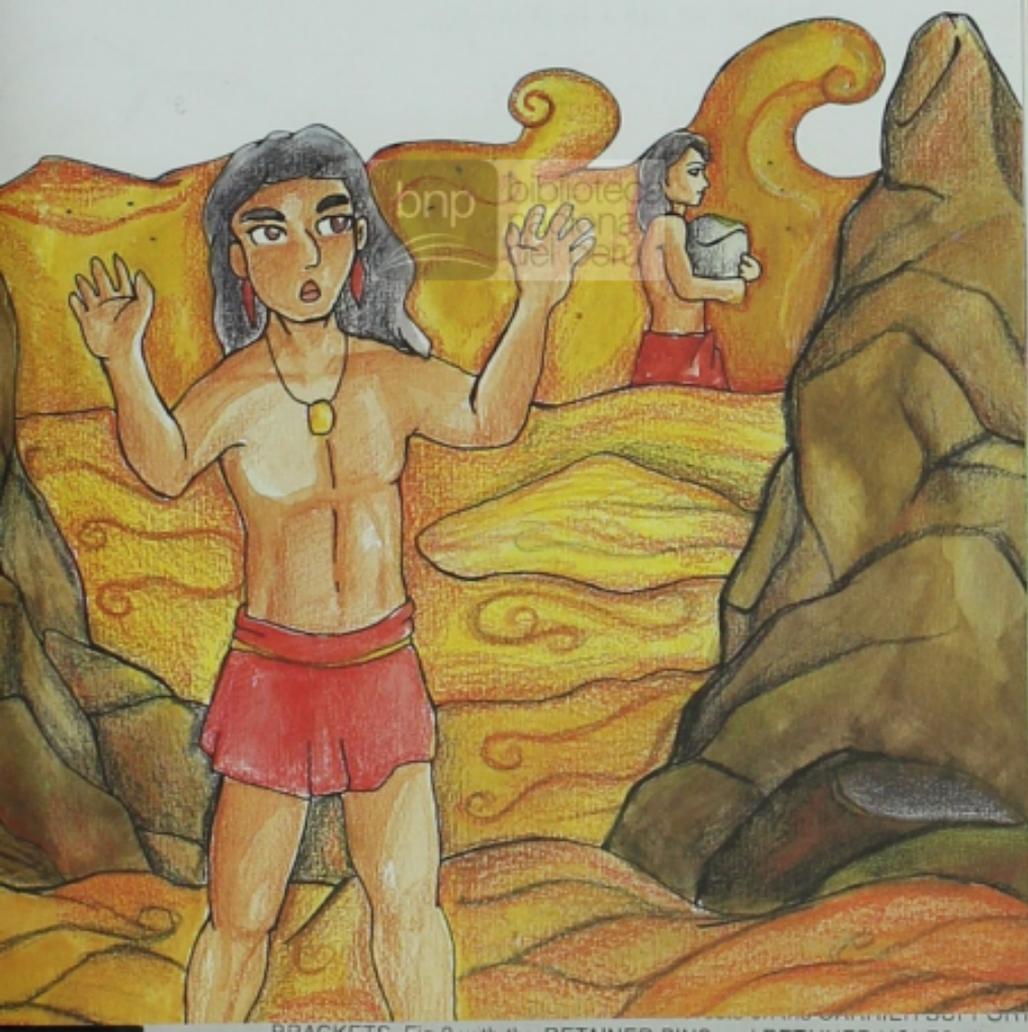


el suelo rocoso, con la punta dirigida hacia arriba, y en el momento en que el ave asentaba con fuerza sobre él para derribarlo, quedó atravesado de pecho a espalda a lo largo del asta. Un golpe de mazo en la cabeza acabó rematándolo feamente al animal.

Viendo que era imposible romper las cadenas, el valiente guerrero de Chavín se dirigió con sus hombres hacia la parte que sale el sol —de donde siempre



venía el cóndor— a levantar, según le oí decir escondido tras unas rocas, dos murallas paralelas para que ningún otro cóndor volviera a atacar a su hermano. Esas paredes las hicieron tan altas que después me di cuenta que no eran otras que las cordilleras Blanca y Negra que, con el tiempo, cuando los cóndores después de remontar una de las montañas intentaban alzarse sobre la otra, perdían fuerzas y caían muertos sobre las quemantes arenas de la costa.

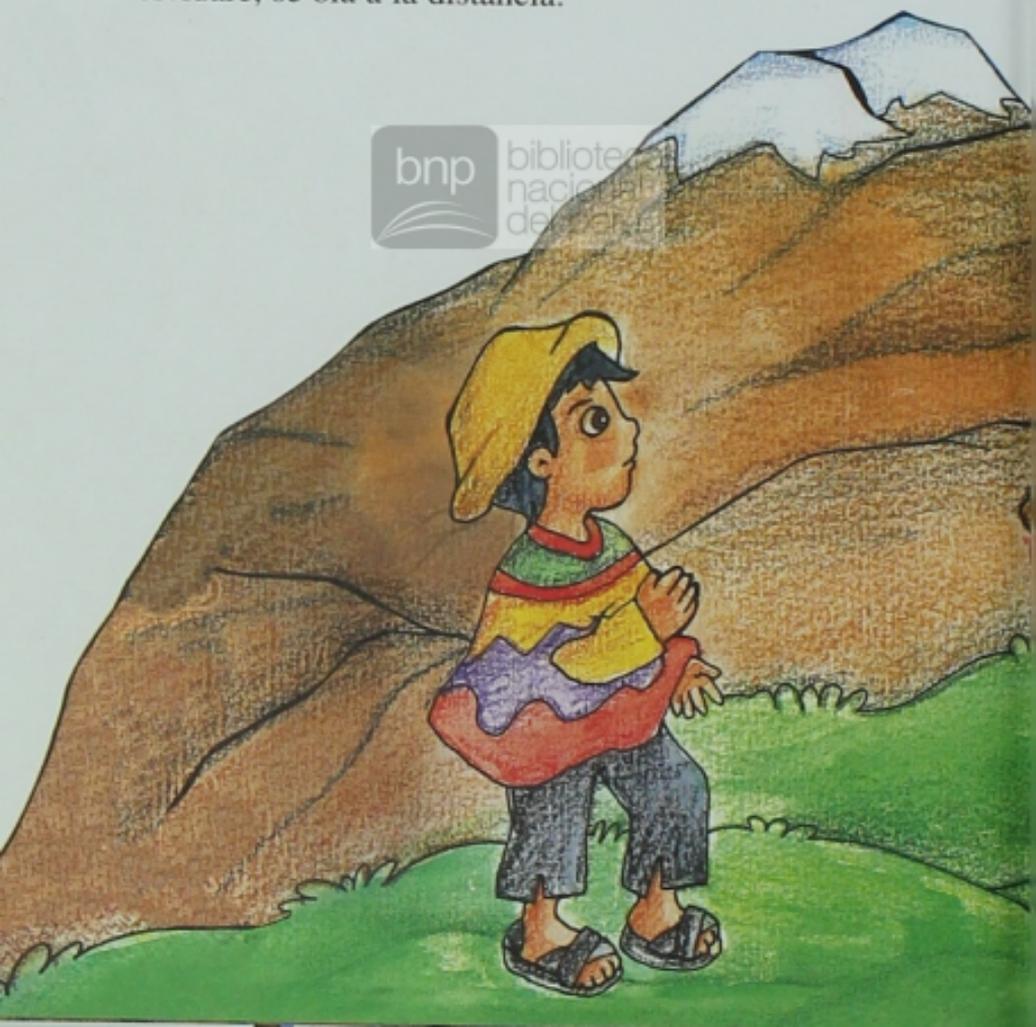


Huiracocha castigó por esto a Huántar y a todos los gigantes convirtiéndolos en hombres de tamaños comunes y corrientes, que en adelante tendrían que valerse de sus pocas fuerzas para poder sobrevivir.

Kakaramaq quedó *encantado* para siempre en lo alto de esa colina, donde yo fui varias veces queriéndolo socorrer; mas cuando intentaba avanzar hacia él, el suelo empezaba a retumbar feo como si se estuviera caminando sobre un tamañazo tambor. Un ventarrón con arena solía alzarse en esos momentos, obligándolo a correr a uno. La voz de ese amigo que jamás olvidaré, se oía a la distancia:



biblioteca
nacional
del Perú



—¡Aléjate, Cholito! ¡Vete a vivir con mi hermano Huántar! ¡Mi castigo durará siglos!

De ese modo fue que, en vista que no había cuándo el dios Catequil me saque de este lugar, me encaminé a Chavín en busca de Huántar. Pero hasta entonces qué tiempo habría pasado ya, porque en mi viaje encontré poblaciones enteras al pie y a lo largo de la Cordillera Blanca. ¡Pucha!, dije entre mí, ¿tanta gente ha aumentado desde que los gigantes se convirtieron en personas de tamaño normal?



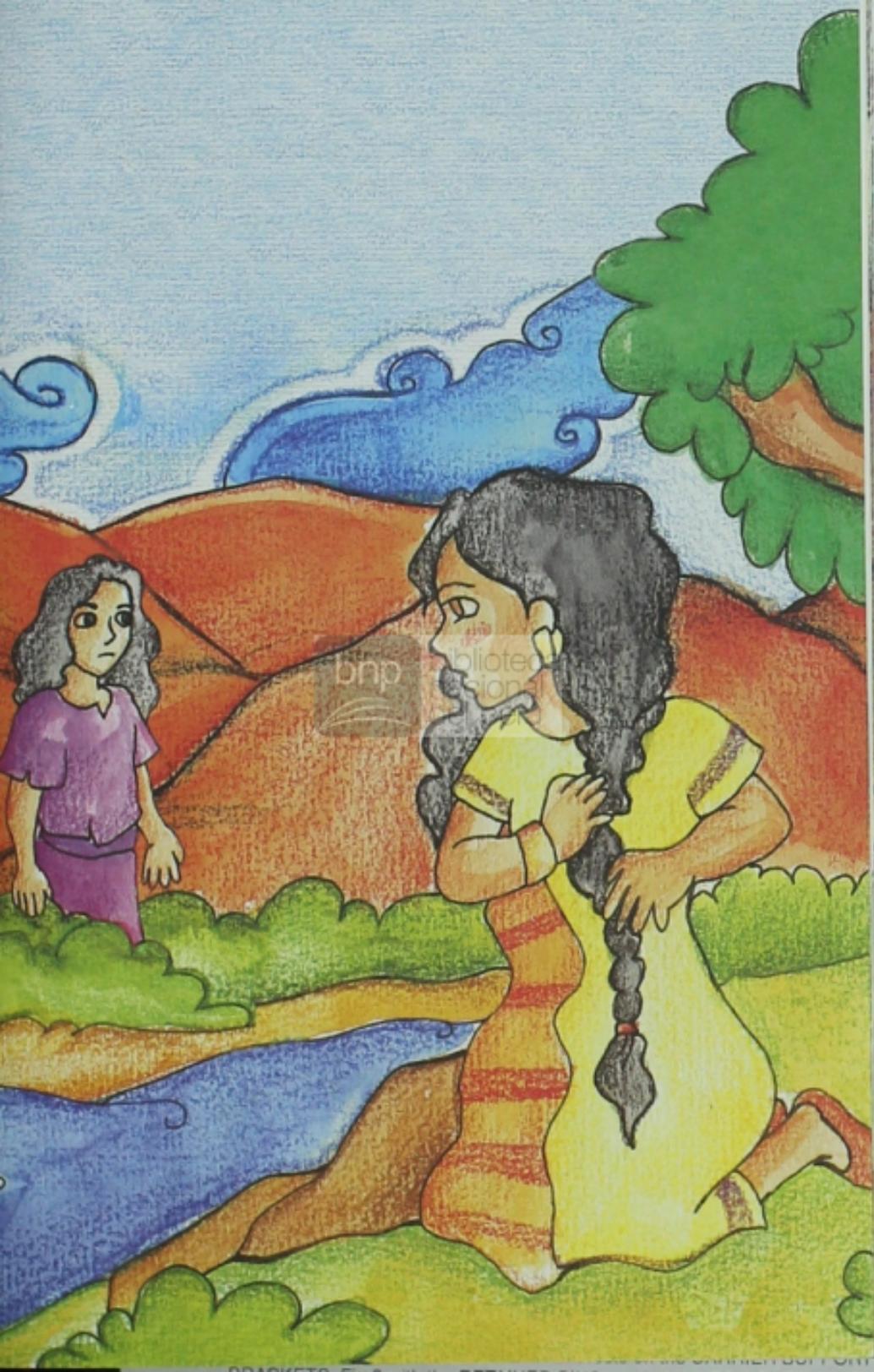
Huallallo

Huántar me acogió muy bien cuando me presenté y le dije quién era. Aun más, me pidió quedarme a vivir en su palacio hasta cuando yo quisiera. Fue allí que me enteré de muchas cosas, entre estas, que tenía una bella novia llamada *Wandy* con la que pensaba casarse muy pronto. *Wandy* era linda, tan linda que un dios terrible y fiero, Huallallo Carhuincho, dios de los huancas, se había enamorado perdidamente de ella.

Un día en que la muchacha se hallaba trenzando sus cabellos a orillas del Mosna, río que regaba las fértiles tierras de Chavín, se sintió observada y, al volverse, descubrió parado a poca distancia, apoyado en un *quishuar*, a un joven desconocido, de buena presencia, simpático, que la había estado contemplando en silencio nomás.

Poniéndose rápido de pie y envolviéndose con su rebozo, *Wandy* se alejó a la carrera, sin atender a las dulces palabras del mozo que pretendió retenerla.

Recobrando su aspecto fiero, sumamente molesto por lo que consideró un desaire, Huallallo averiguó el paradero de la muchacha. Entonces se enteró que se trataba de la prometida del jefe de los lugareños



y que estaban próximos a casarse. Encaprichado en conseguir el amor de Wandy, Huallallo decidió deshacerse del novio, valiéndose de las mismas mañas con las que dio muerte a su hermano, Yanamka Tutañamka, un año atrás a fin de quedarse con sus tierras.

Para el caso, después de alejarse de Chavín durante una semana, regresó dispuesto a cumplir con su plan. De hombre de tamaño normal que se veía, se fue reduciendo y reduciendo hasta quedar convertido en un pequeñísimo ser de las dimensiones de un grano de quinua. Valiéndose de un huhui, un pájaro raro, muy feo, se hizo llevar en el pico al palacio de Huántar.

Todo lo había calculado ese maléfico demonio, pues ese rato, el bondadoso rey del gran castillo de Chavín, se disponía a servirse su almuerzo acompañado de algunos de sus hombres de confianza. En eso, volando apareció el feísimo pájaro nombrado huhui como ya hemos dicho, se detuvo un ratito sobre el plato de Huántar, lo suficiente como para soltar el grano de quinua que traía en el pico, y escapó por la ventana, azuzado por los comensales que creyeron que el ave había extraviado su vuelo.



Una vez que pasó el mal rato, hambrientos como estaban todos, rápido rápido se devoraron el contenido de sus platos que era justamente un rico guiso de quinua. De dónde iba a saber el pobre Huántar que en ese momento acababa de meterlo dentro de su barriga al fiero y terrible dios de los huancas, que tanto daño le haría más tarde.



La sabiduría de los hampicc

Tal como hizo con su hermano Yanamka Tutañamka, Huallallo sembró la enfermedad dentro del organismo del pobre Huántar. Después, salió como aire nomás en el aliento de este.

Más tarde, cuando el jefe de los chavines despertó, lo hizo quejándose. Harto le dolía su barriga. Sentía que cada vez se le inflaba más.

—¡Caray!, ¿qué nomás tendré? —le oí decir cuando yo volvía de cazar vizcachas. Y como me ofrecí a brindarle ayuda, me pidió que fuera en busca de don Shibico, el hampicc que vivía abajo, al fondo de la quebrada. Dejándolo que lo asistieran las muchachas que estaban al servicio del palacio, corriendo me fui a cumplir con su encargo.

El hampicc, el curandero, se hallaba moliendo hierbas en un batán cuando lo localicé. Vería mi cara angustiada seguro que alarmado me preguntó:

—¿Qué pasa, Cholito? ¿A qué has venido?

—¡Pronto, taita! —le dije—. Huántar necesita ayuda.

—¿Qué es lo que tiene?

En pocas palabras le expliqué dándole a entender que la quinua le había caído mal.

Amarró su cabeza con un trapo, alistó algunas tomas y nos dispusimos a subir esa cuesta bien parada.

Cansados, con la lengua afuera, llegamos al palacio. Inmediatamente don Shibico lo examinó.

—Ah, caracho —dijo después—, esto es grave.

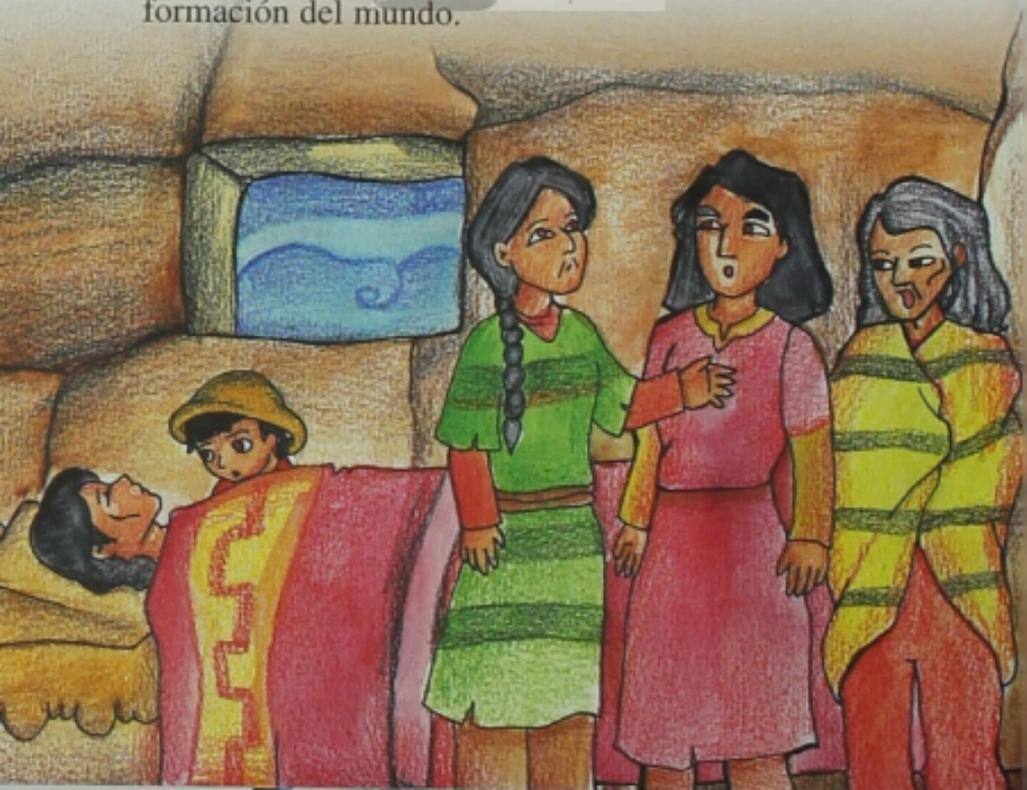
—¿Qué tengo, taita? —se inquietó Huántar dejando de quejarse.

—Es enfermedad de los dioses —respondió el otro, y como para darle ánimos, añadió—: su curación es complicada, pero no imposible. Ya veremos lo que haremos, hijo.



Don Shibico le dio a beber los remedios que trajo con lo que el dolor le fue calmando.

Más tarde, los hombres de Huántar llegaron acompañados de otros hampicc de la comarca, quienes reunidos en una junta, después de examinarlo, dijeron que de veras, como había dicho don Shibico, era mal de los dioses y para curarlo era necesario igualmente remedio de los dioses. Las tomas que le dio el viejo curandero habían sido acertadas, que de no haber sido así, la barriga de Huántar se hubiera seguido inflando hasta reventar. Sin embargo, el mal iba a volver si no se hacía una curación total. Y para hacer esa curación había que buscar remedio en el Pachap Sapin, la raíz del mundo, allí donde la Tierra y el cielo se unían. Decían que en ese lugar existía una gran laguna donde habitaban monstruos tamañazos como los que existieron en los comienzos de la formación del mundo.



Así nomás cualquiera no podía llegar al Pachap Sapin. Sólo quienes tuvieran un alma pura e inocente podían hacerlo. Y los hampicc de Chavín, al concentrar su mirada en mis ojos, consideraron que yo, por ser niño y tener dizque gran valentía, cumplía con esas exigencias. De modo que bonito nomás me hablaron para que hiciera ese viaje haciéndome ver que ellos, convertidos en viento, aves o agua de río, estarían acompañándome hasta donde les fuera permitido por los dioses, vigilando mis pasos e indicándome la ruta correcta y las cosas que debía hacer. ¡Pucha!, yo no quería ir tan lejos, pensando que me apartaría para siempre del dios Catequil, de quien tenía esperanzas que en algún momento me haría volver a mi pueblo de Rayán.

Viendo que Huántar desfallecía y acordándome de lo bueno y hospitalario que había sido conmigo, tuve que aceptar nomás.

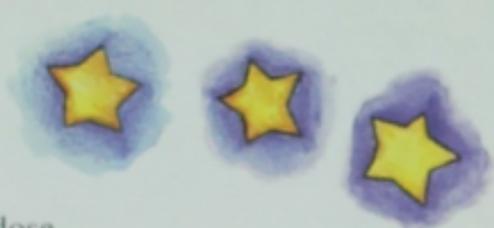


Hacia el Pachap Sapin



Fue así como me encaminé hacia ese lugar desconocido, dejando atrás feas hondonadas, pequeños valles y zonas boscosas, según la ruta que me indicaron los hampicc. Hasta que una noche, luego que caí rendido en un lugar solitario poblado de árboles, escuché despertándome de mi sueño que unas avejillas posadas entre el follaje del árbol a cuyo pie dormía, comentaban:

—Pobre niñocho, no podrá llegar al Pachap Sapin ni en miles de años si no lleva consigo la sangre de este árbol que es el único que conoce el secreto. Sólo llevando la sangre y la flor de este árbol podrá adormecer a los monstruos que viven en esos lugares.



Las voces seguían escuchándose.

—Sí, para eso tiene que echar la sangre y las flores al lago sin ser visto.

—Una vez que se duerman esos animales, deberá cortar la carne de uno de ellos, que no ha de sentirlo, y traérsela, lo mismo que el agua que ha de sanar al enfermo.

Pensando que esas voces pertenecerían a los hampicc dándome indicaciones, ni bien amaneció, abrí con una piedra filuda la corteza del árbol al pie del cual dormí. Ni bien empezó a brotar, recogí el líquido —que era como sangre de gente— en el poronguito donde traía mi agua que para el caso tuve que botarlo confiando en que calmaría mi sed con agua de lluvia o aprovechándola de los puquiales o ríos que encontrara en el camino.

También me llevé la flor amarillita que daba el buen árbol, pidiéndole disculpas y perdón por el daño que le estaba haciendo.

Esta vez me encaminé a la carrera. Sentía mi cuerpo completamente liviano. Veía pasar a los montes, a las quebradas, a los desiertos, tal si avanzara yo a la velocidad del viento.

Oscurecía cuando asomé por fin a ese lugar donde decían que acababa la tierra y principiaba el cielo. Allí estaba de veras la laguna, inmensa, de aguas verdosas que oí mencionar a los pajarillos.



bnp biblioteca nacional del peru

Me llevé tremendo susto cuando al poco rato salieron del fondo de las aguas dos monstruos tamañazos, más altos que los árboles que rodeaban la laguna, que se agarraron a pelear fieramente entre rugidos espantosos, haciendo temblar la tierra.

Se parecían a esos animales que había visto en los libros de mi escuela y que se nombraban *dinosaurios*.

Escondido entre las matas que rodeaban la laguna, eché la sangre y la flor a las aguas. Y como si eso les produjera adormecimiento, los vi al poco rato aproximarse tambaleantes a la orilla, donde al llegar se derrumbaron estremeciendo la tierra hasta quedar como dormidos o muertos.

No tuve mayor inconveniente en cortar un trozo de la carne de uno de ellos y recoger agua de esa laguna en el poronguito que traje. Tan rápido como llegué a ese lugar, me alejé de vuelta a Chavín, donde ansiosos me estarían esperando Huántar y los hampicc.



La profecía de la cabeza clava

Gran alegría causó mi llegada. Toda la gente salió a recibirme, entre ellas Wandy. Inmediatamente los hampicc se pusieron en acción con el encargo que les traje. Pasaron los días, y en tanto Huántar se iba reponiendo lentamente, llegó la noticia a Chavín de que en las sierras de Lima, cerca de Huarochirí, se había dado una feroz pelea, nunca antes vista, entre Pariacaca, dios de esos lugares, y Huallallo Carhuincho, el terrible dios de los huancas debido a una rivalidad de siglos que ambos llevaban.

¡Ah, pucha!, quienes habían visto esa pelea nunca jamás la olvidarían.

Decían que mientras Huallallo, convertido en una inmensa columna de fuego, atacaba a Pariacaca, pensando quemarlo y asfixiarlo, este, transformado a su vez en remolino de agua cuya altura alcanzaba hasta el cielo, envolvió a su contrario; en tanto los cinco hombres que podían salir de él, separándose y uniéndose a voluntad, le dispararon sus rayos que terminaron por hacerlo huir a Huallallo en forma del ave huhui hacia sus dominios de la sierra central.

Dicen que Pariacaca lo persiguió sin parar hasta que Huallallo, haciéndolo errar, se metió al interior del



nevado Huaytapallana, frente a Huancayo, y ya no se dejó ver.

Sin poder hacer nada ya para deshacerse de su terrible enemigo, Pariacaca se conformó con poner de guardianes a sus hijos a fin de que lo tuvieran vigilado siempre.

Hubo gran alegría en el pueblo de Chavín por esa noticia —los hampicc habían revelado que Huallallo fue el causante del daño a Huántar— y también por la recuperación total de este, quien decidió realizar por esos días su boda con la bella princesa Wandy.

Se iniciaron los preparativos. Habría juegos, fiesta, comilonas.

De los lugares vecinos acudió mucha gente. Unos bajaban disfrazados de cóndores, otros de osos bailarines, entreverados entre los grupos danzantes que venían algunos de lejos, como los huacrachucos, o la gente del bajo Marañón, entre ellos los panatawas. También hubo competencias deportivas y de lucha, donde se lucieron los guerreros más fornidos y capaces del alto y bajo Conchucos, así como también del Callejón de Huaylas.

El día central de esa gran fiesta se estaba llevando a cabo la boda de Huántar y Wandy, cuando ocurrió algo inesperado. Una de las cabezas clavadas de piedra, situada en la parte alta del muro exterior del gran templo de Chavín, cayó inesperadamente sobre el empedrado del patio produciendo gran estruendo.



Todos salimos a ver dejando adentro a los novios ante el gran alboroto que se armó, y fuimos testigos de cómo esa cabeza redonda, que mostraba en alto relieve dientes de puma, serpientes que surcaban su rostro y ojos como de demonio, así partida como estaba, habló botando humo azuloso por su boca:

—¡Ah, chavines insensatos! ¡Esa mujer —se refería a Wandy— me pertenece a mí, a Huallallo Carhuincho, dios del valle de Chillón, de Huarochirí y del pueblo huanca! ¡Serán arrasadas todas las poblaciones de la comarca si no la sacrifican en mi nombre, en el ara dedicada a Huiracocha! ¡Tienen plazo hasta pasado mañana para obedecerme, si no lo hacen, ordenaré a los culebrones de las lagunas de Ganchiscocha y Yanacocha a que no quede rastro de ustedes sobre la Tierra!

Esas palabras afligieron mucho a los recién desposados y a todos los presentes. Consultado el sumo sacerdote, este aconsejó que no había más que obedecer, pues Huallallo era terrible y cumpliría su palabra.

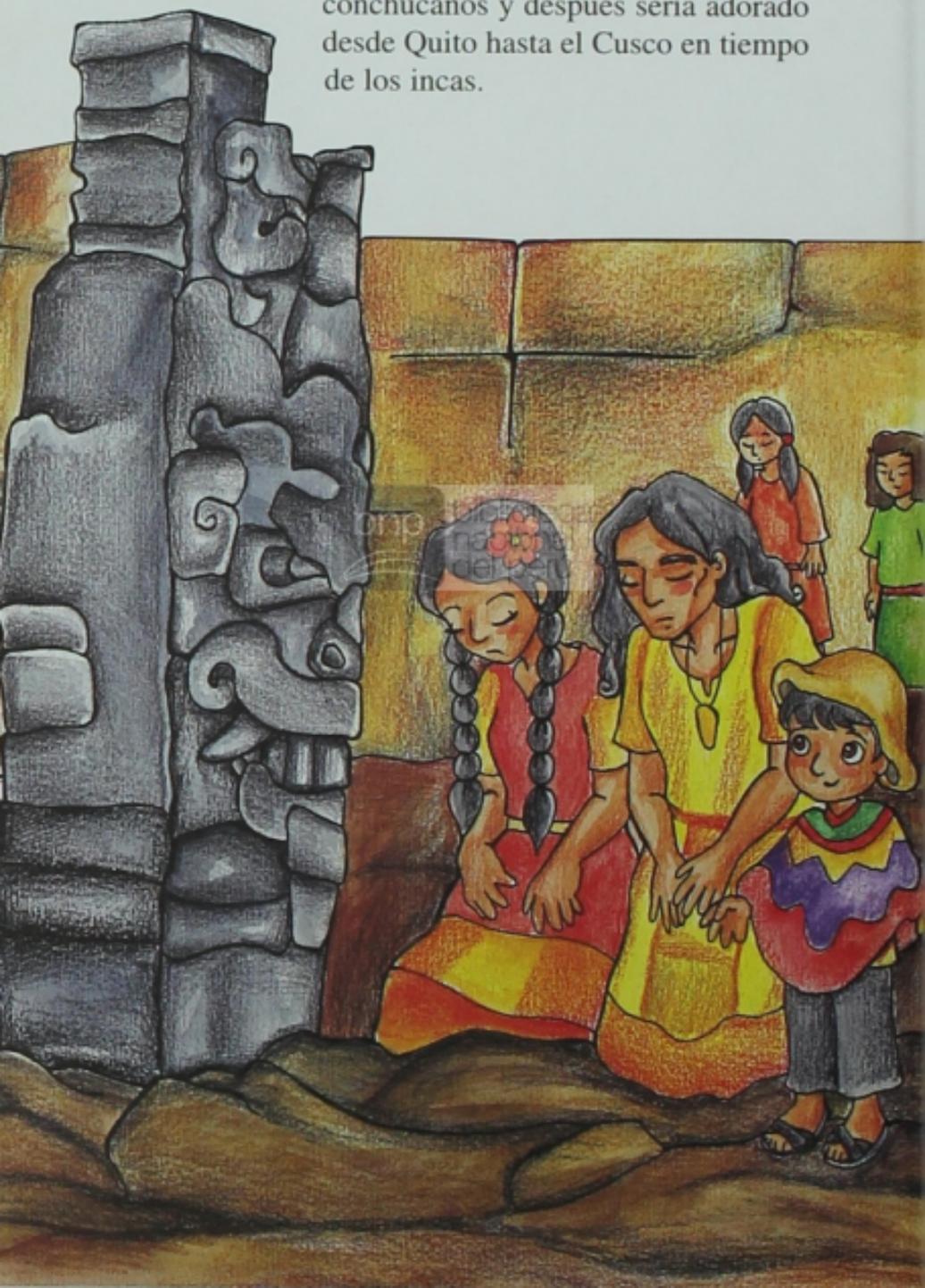
Wandy lloró amargamente; pero después, valiente y resignada, dijo que si se trataba de salvar a su pueblo aceptaba el sacrificio. Mas Huántar no estuvo de acuerdo. Y aunque oró pidiendo ayuda a Huiracocha, cuya figura estaba representada en El Lanzón, el dios no pareció escucharle. Seguiría molesto por lo de Kakaramaq seguro y por haber levantado las dos cordilleras sin su permiso. Aconsejado entonces por los hampicc decidió pedir ayuda a Catequil. Recién



bnp

BIR 5/89018
LMA - PERU

tuve amplio conocimiento de él. Dios de los huamachucos, pasó a ser reverenciado también por los conchucanos y después sería adorado desde Quito hasta el Cusco en tiempo de los incas.



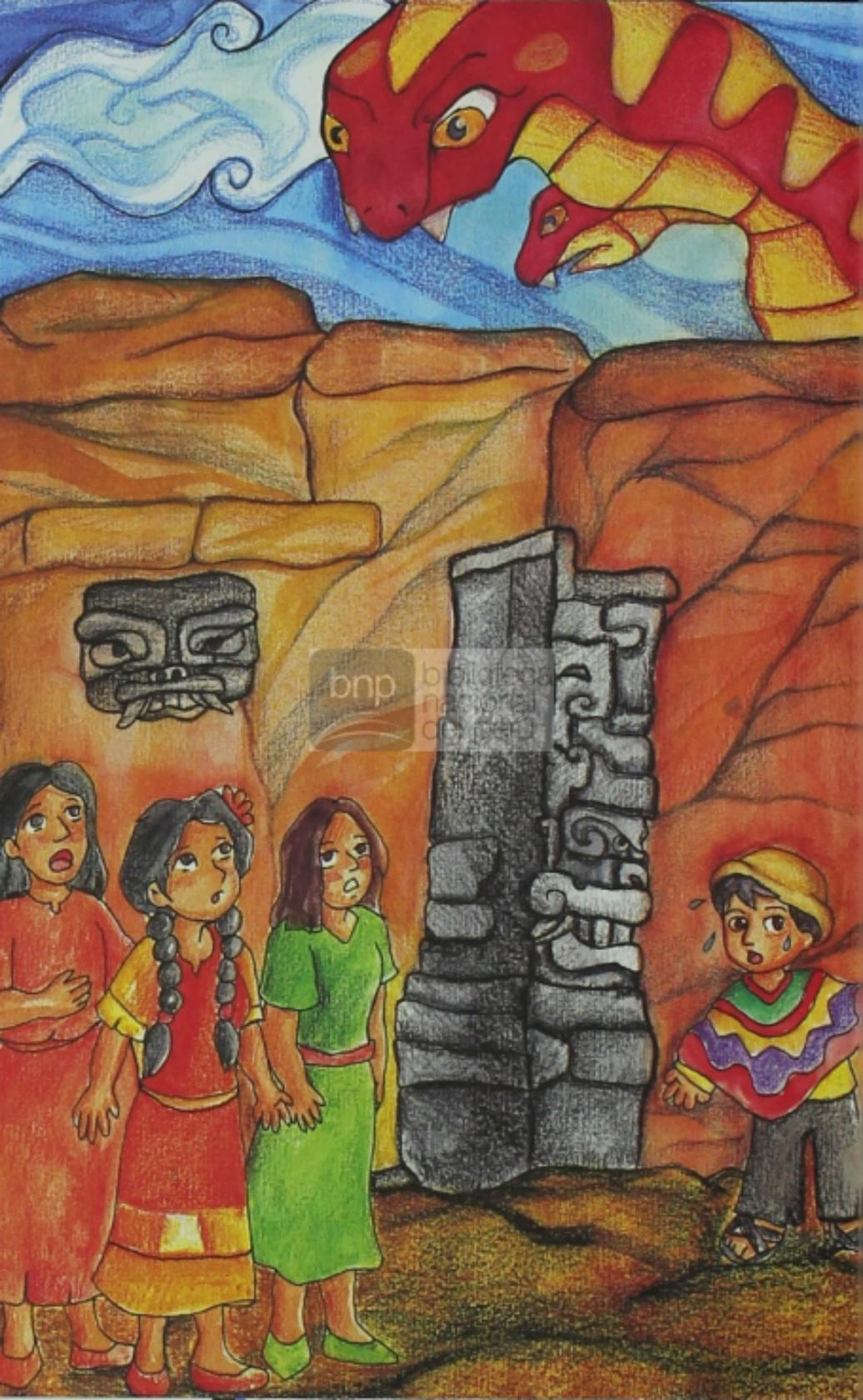
Los culebrones

Cuando llegamos al templo principal de Catequil, en Cabana, montados sobre el gran cóndor Mallku, Huántar oró con gran devoción al dios Rayo, y aunque este no dio señales de su presencia en el cielo, mi amigo estaba seguro de que en cualquier momento se presentaría entre truenos y relámpagos.

Yo también deseaba de todo corazón que apareciese pronto, no sólo para pedirle que me llevara de regreso a mi pueblo, sino sobre todo para que ayudara a mi amigo, ahora que ya se vencía el plazo.

Cuando volvíamos de regreso a Chavín transportados por el gran Mallku, vimos desde las alturas donde estábamos que, en el patio grande del castillo, Wandy, en su afán de contener a los culebrones, llamados también *amarus*, se había hecho atar a la gran piedra de El Lanzón, ante los rumores que aquellos acababan de emerger de las lagunas donde habitaban y ya iniciaban su viaje a Chavín por órdenes de Huallallo Carhuincho.

—Yo, además de Chavín —había hablado el macho, que tenía dos cabezas y vivía en Ganchiscocha—, me





alimentaré con la gente de Pomabamba, Pasacancha, Sihuas y de los pueblos de la costa.

—Y yo —había dicho la hembra, que era de color más claro—, con la de Piscobamba y Huari, además de Chavín por supuesto. Cruzaré la Cordillera Blanca y bajaré al Callejón de Huaylas. Me los comeré a todos.

—Sí —había agregado el macho—, después remontaremos la Cordillera Negra y cruzaremos el mar para acabar con las gentes del otro lado y con la humanidad entera.

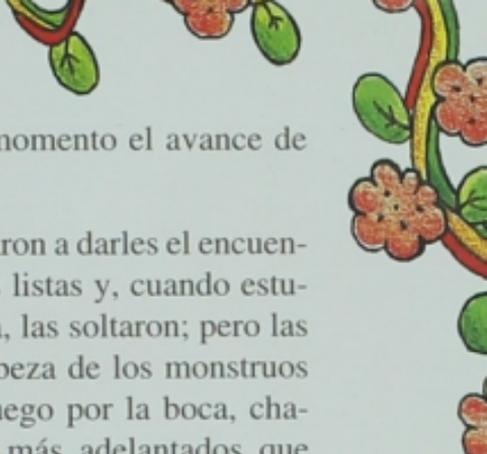
Mientras tanto en Chavín, la gente, muy entristecida, conforme iba llegando al patio principal del templo, se iba acomodando en las graderías, desde donde todos acompañarían el sacrificio de la bella por el sumo sacerdote.

Huántar, al enterarse de que ya los tamañazos monstruos avanzaban sobre su pueblo, dispuestos a devorárselo si no cumplían con el sacrificio de Wandy, alistó su ejército para enfrentarlos.

Todos estábamos nerviosos mirando hacia las montañas, esperando ver aparecer a los culebrones y sin saber lo que iba a ocurrir entonces.

Cuando al rato vimos aparecer la cabeza de uno de ellos, mirándonos por sobre las montañas, como si lo hiciera desde el cielo, ¡a pucha!, nuestra sangre se heló. Y más cuando ahí nomás, vimos aparecer por otro lado la cabeza del segundo ya también.

El sacerdote, dominando su temor, se apresuró a encender el fuego, no muy cerca de Wandy, buscan-



do así contener en el último momento el avance de las fieras.

Huántar y sus guerreros avanzaron a darles el encuentro con sus arcos y sus flechas listas y, cuando estuvieron a considerable distancia, las soltaron; pero las saetas sólo rebotaron en la cabeza de los monstruos que por lo demás arrojaron fuego por la boca, chamuscándolos a los guerreros más adelantados que rodaron muertos por la pendiente.

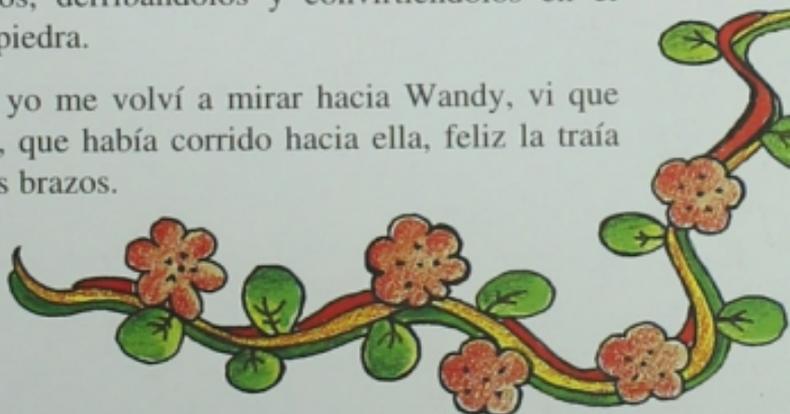
Esto trajo lloradera en la gente y Wandy, que no quería ver sufrir a su pueblo, exigió al sacerdote encender el fuego junto a su cuerpo para que sólo así los culebrones se detuvieran.

Pero fue en ese momento en que se levantaban las llamas que el cielo se cubrió de pronto de nubarrones espesos y casi ahí nomás se desató una lluvia torrencial.

—¡Catequil! —gritamos alegrándonos todos.

A la luz de un relámpago, vimos su rostro de felino irritado en el momento en que unos rayos, disparados como flechas, caían sobre las cabezas de los monstruos, derribándolos y convirtiéndolos en el acto en piedra.

Cuando yo me volví a mirar hacia Wandy, vi que Huántar, que había corrido hacia ella, feliz la traía entre sus brazos.



Fin de la historia

Cuando todo se calmó y volvió la alegría a los rostros, la gente retornó a sus tareas diarias: a sembrar, a criar sus animalitos, a levantar cercos, a tejer, a la artesanía, entre otras actividades. Y yo que desesperaba de volver a ver a los míos, aun cuando tenía todo el cariño de Huántar y Wandy, vi cierto día un remolino que subía por las orillas del Mosna a gran velocidad. Como mi mamita decía que cuando los remolinos nos envolvían podíamos alocarnos, yo traté de escaparme metiéndome al castillo, pero fue tarde porque ese viento que giraba me jaló hacia su dentro y me elevó por los aires. Huántar y Wandy, que se hallaban ese momento en la parte alta del castillo, se asustaron al principio; pero comprendiendo después que ese remolino no era otro que Catequil, agitaron las manos, un poco entristecidos pero resignados, dándome la despedida.

—Aquí te encontré, hijo, y aquí te quedas —oí poco después la voz de Catequil como hablándome en el sueño, luego de dejarme botadito sobre la huaylla.

Yo me senté asustado, me limpié los ojos y miré en qué lugar me hallaba. Para mi alivio, en la ladera de Llamacunca nomás estaba, y mis borreguitas también por ahí cerca comían su pastito como si nada hubiera ocurrido.



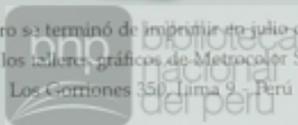
Índice

1 El dios Rayo	6
2 Kakaramaq roba el fuego divino.	10
3 Guácharo.	18
4 A devorarle las entrañas.	22
5 Huallallo.	27
6 La sabiduría de los hampicc	32
7 Hacia el Pachap Sapin	36
8 La profecía de la cabeza clava	40
9 Los culebrones	45
10 Fin de la historia	50





Este libro se terminó de imprimir en julio de 2007,
en los talleres gráficos de Metrocolor S.A.
Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú



SERIE CUENTACOSAS

El mundo que queremos

De ayer y de siempre

Juegos y enigmas

¿Te gustaría viajar a través del tiempo? Pues, en esta historia, Cholito es transportado por Catequil, el dios Rayo, al mundo del principio de los tiempos. Lejos de su hogar y en otra época, nuestro querido amiguito vive maravillosas aventuras junto con los pobladores de las antiguas culturas de los Andes. Así, Cholito conocerá a los gigantes huaris y al malvado dios huanca Huallallo Carhuincho, quien envía a las terribles serpientes gigantes para que devoren a los pobladores de Chavín. Acompaña a Cholito en esta emocionante travesía.

Oscar Colchado Lucio



ISBN: 978-9972-232-68-8



9 789972 232688

Grupo Santillana

Av. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima 33, Perú.
Teléfono (511) 313-4000 Fax (511) 313-4001
santillana@santillana.com.pe

Ilustraciones de María Isabel Ramos

MINILECTOR

MIDILECTOR

SUPERLECTOR

MAXILECTOR

MEGALECTOR